LA SAMARITANA (I)

En el relato de la boda de Caná se utiliza el término griego **ὑδρία** (transliterado ‘hudría’) referido a las **tinajas** allí colocadas. Este término, usado comúnmente para aludir a cualquier recipiente de barro, aparece en el NT tan solo en otra ocasión, también perteneciente al evangelio de Juan. Se trata del pasaje de la samaritana. Ahí se traduce por **‘cántaro’** (Jn 4,28). El texto no informa de un cántaro en manos de una mujer, sino de que ella abandonó la preciada vasija. La mujer dejó su cántaro -cosa extraña- sin el agua que había ido a buscar y regresó al pueblo para dar a la gente una noticia sobre el Galileo. Estos detalles tienen importancia, aunque se subestiman y pasan desapercibidos cuando no se analizan los textos en profundidad. La carencia de análisis desfigura el sentido de estos datos. Al vaciarlos de su auténtico contenido, queda rota la armonía del escrito. El desequilibrio se agranda cuando, además, se resaltan como fundamentales detalles de menor entidad, útiles solo para dar cuerpo a las narraciones.

De la samaritana se han realizado multitud de dibujos, pinturas y esculturas. Casi todas las imágenes pintan una escena idílica de una mujer con un cántaro junto a un pozo donde aparece la figura estereotipada y edulcorada de un imaginado Galileo. Estas representaciones se hallan muy lejos del contenido del texto. Ni siquiera llegan a los preámbulos. Sirven solo para distraer. Y, sobre todo, ayudan a engordar la ignorancia respecto al mensaje expuesto en este relato.

Por la longitud de la narración (Jn 4, 4-44), nos detendremos solo en algunos de sus detalles.

1. La región de Samaría

El texto comienza aportando una simple nota con pinta de justificación:

“Tenía que pasar por Samaría” (4,4).

Se refiere al Galileo. Va de camino. Viaja desde Judea en dirección a Galilea, trayecto que, según los sinópticos, nunca realizó. De hecho, ni Mateo ni Marcos mencionan siquiera Samaria. Solo Lucas lo hace (Lc 17,11). Los tres sinópticos hablan únicamente de un viaje siguiendo una dirección a la inversa: desde Galilea a Jerusalén.

a. Origen y vicisitudes

Samaría debe el nombre a su capital, llamada también así. Era la región central de Palestina. Lindaba al norte con Galilea y al sur con Judea. Por su lado este transcurría de norte a sur el río Jordán. Los antecedentes históricos de Samaría tienen sus raíces en la opresión que el listillo de Salomón impuso sobre el pueblo. A su muerte (922 a.d.n.e), la población del norte de la nación vio la oportunidad de poder aligerarse de la carga fiscal y acudió a su hijo Roboam con ese objetivo.

Pero el hijo, más imbécil aún que su padre), provocó la división del país en dos reinos: Israel al norte y Judá al sur. En el 875 a.d.n.e. el entonces rey del reino del norte, Omrí, compró un monte a un tal **Sémer** (I Re16,24ss.) y construyó allí una ciudad a la que llamó: Samaría, por consideración al dueño de dicho monte. Una vez fortificada, la convirtió en la capital del reino de Israel. Este duró dos siglos. En el 722 a.d.n.e se lo merendó el reino de Asiria. Sus habitantes fueron deportados (II Re 17,6s.) y la capital fue repoblada con gentes traídas del imperio de Salmanasar (II Re 17,24s.). El AT interpretó el hecho como un castigo de Yahvé por haber abandonado la Ley (II Re 17, 13ss.).

b. Conflictiva diversidad religiosa

La mezcolanza de gentes dio lugar a multitud de cultos (II Re 17,29 ss.). Samaria se distinguió a partir de entonces por su diversidad religiosa. La que había llegado a ser la esposa de Yahvé se convirtió en adúltera. Hubo profetas que denunciaron su situación, pero Samaría no les hizo ni caso. Solo reconoció como palabra de Dios los cinco primeros libros de la Biblia (el Pentateuco). En una fecha incierta, entre finales del siglo III y principios del IV a.d.n.e., los samaritanos construyeron un templo en honor de Yahvé en el monte Garizim. La rivalidad con el templo de Jerusalén fue de mal en peor y los judíos destruyeron el templo de los samaritanos en el año 128 a.d.n.e. Con todo, el Garizim siguió siendo lugar de culto del pueblo de Samaría.

La enemistad entre judíos y samaritanos se hizo crónica. Llamar samaritano a alguien era lo mismo que tachar de prostituta a su madre. En una discusión del Galileo con judíos, este puso en duda que fueran en realidad hijos de Abrahán. Ellos le replican:

"Nosotros no hemos nacido de prostitución; un solo padre tenemos, Dios" (Jn 8,41).

Ante un nuevo argumento contra tal afirmación, los judíos arremeten contra él:

"Repusieron los dirigentes:

- ***¿No tenemos razón en decir que eres un samaritano y que estás loco?"*** (Jn 8,48).

Samaría, tenida por esposa de Yahvé, le había sido infiel al traicionarle con ciertos diosecillos de tres al cuarto. Los samaritanos eran considerados por los judíos, herejes, hijos de la esposa prostituida.

Los samaritanos, por su parte, impedían el paso por su territorio a todo aquél que tuviera como destino Jerusalén:

"Envió mensajeros por delante; estos entraron en una aldea de Samaría para preparar su llegada, pero se negaron a recibirlo porque había resuelto ir a Jerusalén" (Lc 9,52).

En el texto de Lucas, el Galileo puso como ejemplo de solidaridad y misericordia a un samaritano (Lc 10, 33-35). También será un samaritano quien únicamente,

entre un grupo de judíos, muestre agradecimiento y acepte la liberación que le ofrece el Proyecto de sociedad alternativa (Lc 17,15ss.).

2. Una nueva anotación introduce el relato

Al llegar a Samaría, el Galileo se detiene junto a un manantial y se sienta:

"Llegó a un pueblo de Samaría que se llamaba Sicar… …estaba allí el manantial de Jacob.

Jesús, fatigado por el camino, se quedó, sin más, sentado en el manantial" (Jn 4,6).

No hay en el AT ningún dato acerca de un manantial propiedad de Jacob. Jacob, al que según el libreo del Génesis Dios le cambió el nombre por: Israel (Gén 32,29), sí pudo heredar de su padre, Isaac, los pozos que este a su vez recibió en herencia de Abrahán (Gén 26,12-25).

En este entorno entra en escena la persona coprotagonista del relato:

"Llego una mujer de Samaría a sacar agua" (v. 7a).

La mujer no tiene nombre. La falta de identificación indica que se trata de un personaje figurado. La observación respecto a su origen parece sobrar. Es una mujer de una localidad mencionada con anterioridad. El realce innecesario sobre su procedencia ***"de Samaría"*** sirve para señalar que la mujer representa a su pueblo. Su objetivo es conseguir el agua necesaria para la subsistencia de los suyos, un asunto, en aquella cultura, propio de mujeres.

3. El Galileo toma la iniciativa con una petición a la mujer

Rompe la incomunicación con el pueblo hereje sin mostrar superioridad ni por ser hombre ni por su supuesto vínculo con las tesis y la religión judía. Sencillamente, necesita de la mujer para poder tener acceso al agua y solicita su ayuda:

"Jesús le dijo:

- ***Dame de beber"*** (v.7b).

La mujer queda pasmada ante la petición. No se extraña de que le hable, sino que le solicite un favor:

"¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?" (v.9).

No ha habido presentaciones. ¿Cómo puede afirmar la mujer que él es judío? El narrador se despreocupa de estos descuidos. La mujer se asombra de que el Galileo no se haya comportado con la superioridad propia de los judíos y se haya rebajado ante quienes ellos consideran despreciables. Es un hecho

completamente anormal. Para los judíos, Samaría estaba marcada por la herejía. Aunque Samaría no aceptaba como palabra de Dios los textos de los profetas, los judíos sí conocían lo dicho por Oseas contra el antiguo reino del norte, Israel (Samaría):

"No te alegres, Israel,

no te regocijes como otros pueblos,

porque has fornicado contra tu Dios,

hiciste el amor por salario

en todas las eras de trigo" (Os 9,1).

La mujer no concibe el acabamiento de la discriminación. Desconoce la llegada del reinado de Dios, la sociedad alternativa. No sabe que quien le pide de beber ha abierto camino a la justicia eliminando la marginación y la desigualdad. El Galileo va de camino brindando su Proyecto.

El autor del evangelio ha insistido en la ciudadanía de la mujer, esta vez expresado por ella misma: ***"…que soy samaritana"***. Persigue que el lector no olvide este detalle.

4. Se entabla una conversación

Ha desaparecido el hecho inicial, la petición de beber por parte del Galileo. Era solo una excusa para el diálogo. Ahora él se propone como dador de ***"agua viva":***

"Si conocieras el don de Dios y quien es el que te pide de beber, le pedirías tú a él y te daría agua viva" (v.10).

Y genera la curiosidad de la mujer:

"Señor, si no tienes cubo y el pozo es hondo, ¿de dónde vas a sacar el agua viva? ¿Acaso eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, del que bebió él, sus hijos y sus ganados?" (vv. 11-12).

Se ha cambiado de 'manantial' a 'pozo'. El autor parece inhibirse ante estas aparentes incoherencias. Pero en este caso no lo son. Cuando un pozo estaba alimentado por una fuente de agua podía llamársele de cualquiera de las dos formas. Así ocurre en Gén 24. En 24,13, se dice: ***"Yo estaré junto a la fuente"*** y más adelante, refiriéndose al mismo lugar: ***"…corrió al pozo a sacar más"*** (Gén 24, 20). Cuando al pozo llegaba el agua de un manantial se le llamaba un pozo de agua viva:

"La fuente del jardín

es pozo de agua viva que baja desde el Líbano" (Cant 4,15).

Los interrogantes de la mujer no dudan de que el Galileo disponga de un agua de manantial. Pero ella no entiende cómo puede extraerla. Los pozos de Israel eran profundos. Muchos de ellos medían más de veinte metros. El pozo es figura de la esposa:

"Bebe agua de tu aljibe,

bebe a chorros de tu pozo;

no derrames por la calle tu manantial

ni tus acequias por las plazas;

sean para ti solo,

sin repartirlas con extraños;

sea bendita tu fuente,

goza con LA ESPOSA de tu juventud:

cierva querida, gacela hermosa,

que siempre te embriaguen sus caricias

y continuamente te deleite su amor" (Prov 5,15-19).

El agua es figura de la Ley. La mujer, la esposa infiel no conoce otra agua más que la recibida del Pentateuco: La Ley. El agua de la Ley no quita la sed más profunda, la que anhela la Vida. Los profetas utilizaron el tema del agua anunciando para la era mesiánica remediar la frágil y dañada existencia del pueblo atiborrando de agua su agostada coyuntura:

"No temas, siervo mío, Jacob, mi cariño, mi elegido;

Voy a derramar agua sobre lo sediento

Y torrentes en el páramo;

Voy a derramar mi aliento (τὸ πνεῦμά μου) sobre tu estirpe

Y mi bendición sobre tus vástagos" (Is 44,2b-3).

El **agua** fecundando páramos aparece en Isaías en paralelo con el **aliento** (**πνεῦμα**, traducido por 'espíritu') revitalizador que transforma la vida.

El Galileo ofrece un agua ***("el amor leal")***, que satisface la sed de una vez por todas ***("vida definitiva")***:

"Todo el que bebe agua de esta volverá a tener sed; en cambio, el que haya bebido el agua que yo voy a darle, nunca más tendrá sed; no, el agua que yo voy a darle se le convertirá dentro en un manantial de agua que salta dando vida definitiva" (v.14).

La mujer admitirá que la Ley no ha satisfecho su vida. No es solución definitiva. Y la infidelidad no ha traído a Samaría más que desgracias. La oferta del Galileo

colma su aspiración de gozar de la plenitud humana. Y le pide el agua que da vida definitiva:

"Señor, dame agua de esa; así no tendré más sed ni vendré aquí a sacarla" (v. 15).

5. La petición posterior del Galileo a la mujer,

así como la conversación que ambos mantienen sobre el tema de los maridos de ella carecen de lógica fuera del sentido figurado del relato. ¿A qué viene pedirle a la mujer que llame a su marido y vuelva? Y, ¿qué interés tiene el hablar del número de maridos tenidos con anterioridad?:

"Él le dijo:

- ***Ve a llamar a tu marido y vuelve aquí.***

La mujer le contestó:

- ***No tengo marido"***

Le dijo Jesús:

- ***Has dicho muy bien que no tienes marido, porque maridos has tenido cinco, y el que tienes ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad"*** (vv. 16-18).

La cuestión de los maridos alude claramente a la Samaría-esposa. La demanda del Galileo responde a la petición anterior de la mujer. Ella desea esa vida definitiva a la que él ha aludido. Él la anima a dar el primer paso. Consiste en mirar hacia uno mismo y ser consciente de la situación real en la que se vive. Es la manera de plantearse con coherencia lo que se quiere abandonar. El Galileo le reclama que ponga **al completo** su identidad en el punto de partida: ***"Ve a llamar a tu marido y vuelve aquí"***.

Acorde con su deseo de vida, la mujer (Samaría) reconoce su fracaso como esposa. Su existencia carece de la solidez que le proporcionaba su antiguo y auténtico esposo. Su respuesta revela una posición de soledad. Y la descubre: ***"No tengo marido"***.

6. La serie de maridos

A medida que avanza el relato se va manifestando el carácter representativo del personaje mujer samaritana y del sentido figurado de los hechos que se destapan. El Galileo aclara lo expuesto por la mujer. El revoltijo de gente con que fue repoblada Samaría dio lugar a la acogida de una diversidad de ídolos a quienes se daba culto. La referencia numérica: ***"…porque maridos has tenido cinco"*** es una alusión directa a estos hechos narrados en II Re 17, 29-31:

"Pero todos aquellos pueblos se fueron haciendo sus dioses, y cada uno en la ciudad donde vivía los pusieron en las ermitas de los altozanos que habían construido los de Samaría:

(1) los de Babilonia hicieron a Sacut-Benot;
(2) los de Cutá, a Nergal;
(3) los de Jamat, a Asima;
(4) los de Avá, a Nibjás y Tartac;
(5) ***los de Sefarvain sacrificaban a sus hijos en la hoguera en honor de sus dioses Adramélec y Anamélec".***

El Galileo concede que la introspección de la mujer ha sido sincera. Ha dicho la verdad: ***"Has dicho muy bien que no tienes marido… En eso has dicho la verdad".*** Ella, Samaría, ha aceptado lo que tanto denunciaron los profetas: el alejamiento y abandono de su Esposo:

"De sus hijos no me compadeceré,

Porque son hijos adulterinos,

pues vuestra madre (Samaría) ***ha adulterado,***

se ha deshonrado la que os engendró.

Decía: Voy a buscarme amantes,

Que me den mi pan y mi agua,

Mi lana y mi lino,

Mi vino y mi aceite" (Os 2,6-7).

7. Reconociendo al Profeta

La mujer-Samaría, tras admitir su verdad, puede aceptar ahora la denuncia profética. Y, tras la capacidad de análisis del Galileo, reconoce en su voz la del Esposo que siempre la amó:

"Señor, veo que tú eres profeta" (v. 19).

Quienes interpretan esta afirmación de la mujer en el sentido de haber adivinado sus antecedentes ignoran el significado del término ***'profeta'***.

Al reconocer al Galileo como **VOZ** autorizada (**'profeta'**), la mujer conduce el diálogo al terreno de la religión institucional. Piensa que recuperar la condición de esposa supone rendir culto al Esposo-Dios en el lugar donde él habita, el Templo. Deseosa de encontrar solución auténtica a la disputa entre judíos y samaritanos respecto a la residencia divina, reclama saber del Galileo donde hallar la verdad del culto:

"Nuestros padres celebraron el culto en este monte; en cambio, vosotros decís que el lugar donde hay que celebrarlo está en Jerusalén" (v.19).

8. Para el Galileo ha quedado atrás el tiempo de los templos

Ya no hay templo que valga. Las religiones confinan a Dios en los templos. Su encierro es también una encerrona para los fieles que acuden allí a darle culto. Pero la etapa definitiva ha llegado y, con ella, la caducidad de las religiones y los templos. Dios se ha descubierto como **el Padre** amoroso que invita y empuja a la libertad. Se acabaron los montes:

"Créeme mujer: Se acerca la hora en que no daréis culto al Padre ni en este monte ni en Jerusalén" (v. 21).

Los samaritanos habían adorado a una serie de ídolos desconocidos. Olvidaron a quien les había otorgado su condición de pueblo conduciéndolos a la libertad. Prescindiendo de los compromisos contraídos a partir de su salida de la esclavitud de Egipto, ignoraron también **las Voces** de unos hombres, **los profetas**, que denunciaron su fracaso y el naufragio de un pueblo amurallado tras un culto, sordo a las promesas de una época venturosa marcada por la libertad, la justicia y la igualdad. Los profetas, desoídos por Samaría, sí fueron aceptados por el pueblo judío, al que aseguraron la llegada del reinado de Dios. Su Proyecto liberador lo confirma:

"Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos; la prueba es que la salvación proviene de los judíos" (v.22).

El Galileo insistirá en la invalidez de los templos como lugares de culto. Los hijos auténticos no los necesitan. Han de dejar atrás la esclavitud y el temor reverencial de los templos. Ha llegado el reinado de la libertad. **A partir de ahora, honrar al Padre significará parecerse a ÉI**. El culto se realiza, pues, **mediante la vida y con lealtad**:

"Pero se acerca la hora, o, mejor dicho, ha llegado, en que los que dan culto verdadero adorarán al Padre con espíritu y lealtad, pues el Padre busca seres humanos que lo adoren así" (v.23).

9. El Don de Dios

El argumento que el Galileo proporciona a continuación para sostener como ha de ser el verdadero culto se ha interpretado equivocadamente y ha dado pie a ideas ajenas a las vertidas por el autor del texto:

"Dios es Espíritu, y los que le adoran han de dar culto con espíritu y lealtad" (v. 24).

Por lo general se ha interpretado el término **'espíritu'** en sentido contrario a materia. Tal explicación no ha hecho sino confundir. Tanto el término hebreo, como el griego y el latino significan: '**viento'**, **'aliento'**. 'Espíritu' designa el hálito

vital que se pierde al expirar. **Es la energía vital de la persona**. Referido a Dios se trata de un manantial rebosante de Vida ofrecido al ser humano que se preste a aceptarlo. **El culto ha de hacerse pues con la propia Vida y con lealtad**. Si rebobinamos algo el relato nos encontraremos:

"Si conocieras el DON de Dios y quién es el que te pide de beber…" (v. 10).

"…el agua que yo voy a darle se le convertirá dentro en UN MANANTIAL DE AGUA QUE SALTA DANDO VIDA DEFINITIVA" (v. 14).

Los samaritanos esperaban también un Mesías. Le daban el nombre de 'ta'eb', que significa **'el que regresa'**. Debía ser rey y sacerdote y explicar la doctrina verdadera. La explicación del Galileo sobre el culto auténtico ha sorprendido a la mujer. Acaba con la división entre pueblos. Elimina enemistades y borra fronteras. Antes había declarado: ***"…se acerca la hora, o, mejor dicho, ha llegado".*** Todo ello suscita el vuelo del pensamiento de la mujer hacia ese momento cumbre al que aspira:

"Sé que va a venir un Mesías; cuando venga él, nos lo explicará todo" (v. 25).

El narrador ha colocado el mejor puente para que el Galileo le confiese:

"Soy yo, el que habla contigo" (v.26).

A partir de aquí el evangelista abre un paréntesis para dar entrada en la escena al grupo de los discípulos. Obviamos este paréntesis y damos prioridad a los movimientos de la mujer.

10. Dejando el cántaro

Nada más escuchar la declaración del Galileo, la mujer reacciona. Su primer movimiento está recogido al detalle por el narrador:

"La mujer dejó su cántaro…" (v.28).

La acción recuerda el movimiento de Simón y Andrés: ***"…DEJARON las redes…"*** y el de Santiago y Juan: ***"…DEJARON a su padre Zebedeo en la barca con los asalariados…"*** (Mc 1, 18.20). El verbo griego utilizado en las tres ocasiones es el mismo. La mujer ha dado un paso importante en su vida. El cántaro, figura de la Ley donde se apoyaba la existencia de Samaría, no sirve más que para volver una y otra vez al mismo sitio sin posibilidad de saciar la sed más profunda, la de la Vida. Pero la mujer ha comprendido, ha abandonado el marco de la Ley para dar prioridad al Galileo y lo que representa. El cántaro ha quedado en segundo plano. **De hecho, no había aparecido en toda la narración**. Ahora, el autor del evangelio da cuenta de él con el fin de poner de manifiesto que la mujer ha cambiado la orientación de su vida y se interesa por comunicar el valor descubierto en la persona que necesitó de ella y le pidió de beber:

"…se marchó al pueblo y le dijo a la gente:

- ***Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será este tal vez el Mesías?***" (v.29).

Es tan importante la noticia, que la mujer vuelve al pueblo, **¡sin cántaro!**, a comunicarla. No exagera. Su presentación está exenta de grandiosidades y misterios. Habla de ***"un hombre".*** No importa su origen. Representa la humanidad nueva. Y el hecho extraordinario es que ha puesto ante sus ojos su realidad: ***"me ha dicho todo lo que he hecho".*** Reconocerse a sí misma le ha despertado de un largo sueño para contemplarse tal y como es. Así ha logrado descubrir sus posibilidades de liberación y el trayecto a seguir: saber de dónde salir y a donde llegar.

La mujer lanza a la gente del pueblo un interrogante al que cada persona tendrá que responder:

"Le dijo a la gente:

- ***... ¿Será este tal vez el Mesías?"***

11. Interpelación y adhesión

La mujer ha conseguido su propósito. El pueblo reacciona al mensaje transmitido por ella. Algunos dan su adhesión al Galileo siguiendo el argumento que ella utilizó:

"Del pueblo aquel muchos de los samaritanos le dieron su adhesión por lo que les decía la mujer, que declaraba: <<ME HA DICHO TODO LO QUE HE HECHO>>" (v. 39).

La frase repite al pie de la letra el mensaje transmitido por la mujer en estilo directo (v. 29: εἶπέν μοι πάντα ὅσα ἐποίησα). El acento recae en los hechos. No se habla de ideas, creencias, credos, religión… Lo que el Galileo ha puesto ante sus ojos es su propia realidad histórica. El plantarle cara a aquello en que se ha empleado la existencia supone conocer las dimensiones del muro que confina y las posibilidades de derrumbarlo para salir de su cerco. Los samaritanos han entendido a la perfección el mensaje transmitido por la mujer. Muchos de ellos han seguido su ejemplo. La escapada del encierro y la adhesión al Proyecto liberador produce un efecto revitalizante. Rompe las distancias y los prejuicios y abre a la hospitalidad que se tenía por imposible:

"Así, cuando llegaron los samaritanos adonde estaba él, le rogaron que se quedara con ellos, y se quedó allí dos días" (v. 40).

Los samaritanos han entrado en contacto directo con el Galileo. Él les presentará su Proyecto. Muchos de los herejes se adherirán a él:

"Muchos más se adhirieron por su mensaje" (v. 41).

Estos transmiten que su adhesión se ha reforzado. **La mujer** ha sido vehículo de transmisión. Ahora, tras la escucha directa del Mensaje por boca del Galileo han llegado a la convicción de que la liberación que propone es para todo el género humano. No solo ha roto todas las cadenas, también ha eliminado todas las barreras. Lo que rechazaron los ortodoxos judíos y galileos, lo han recibido con alegría **los herejes**.

Salvador Santos